



JUEGO DE INFANCIA

por Ernesto A. Bavio *

Era mi hermano. Hijo de mi padre y de mi madre, hermano de sangre por lo tanto. De niños —antes de quedar huérfanos, cuando papá era aún mi ejemplo, mi alegría— jugábamos con -él a las escondidas. Mi padre, mi madre y yo. Los tres. Y era éste el único juego que podíamos hacer con él.

En verdad mi infancia no gozó de muchas diversiones, al menos no como el vulgo entiende “diversión” para una niña; salvo aquel juego —que efectuábamos todos los días—, mi atractivo favorito eran las reuniones. Reuniones de voces familiares y discretas junto al hogar; reuniones de parientes y conocidos, de artistas talentosos, de viajeros pletóricos e inteligentes que buscaban nuestra compañía en la certeza de que sabríamos valorar su sensibilidad. Acaso esto pudiera sonar a pedantería en oídos poco cultivados, mas no lo es; el máximo orgullo familiar fue —entre otros— el de ser reconocidos como los más lúcidos representantes del buen gusto de la ciudad.

Mis padres no se molestaron en estimularme a compartir las andanzas propias de mi edad y sexo. Hasta el nacimiento de mi hermano. No digo esto como reproche, no; en realidad no me faltó ese necesario tiempo de esparcimiento; supe disfrutarlo tanto como cualquier otra niña, sólo que con mayor riqueza de espíritu, pues mi educación estuvo encaminada a deleitarme con aquel ambiente fino, culto, siempre grato y dispuesto a recibir en casa a lo más sugestivo de la sociedad. Hasta que nació mi hermano. El era diferente.

Los doctores lo percibieron en el mismo momento de nacer: por los ojos, Y porque no lloró: se puso a mirarlo todo con esos ojos que aún no debían mirar y que luego —lo presentimos— irían a clavarse en nosotros, en los amigos, en los tíos y tías, en la abuela, en fin, en el mundo.

Por él mi padre adquirió aquella casa cuyo linaje —pensamos— nos era dado disfrutar en la distinción de sus habitaciones, en aquellas escaleras señoriales, en su patricio comedor que habría de presidir el gran retrato de mi

*Integrante del taller de periodismo coordinado por Máximo Simpson.

abuelo, en la sala alfombrada con estirpe y sin afectaciones, en el jardín, los túneles, el naranjo, las azaleas y los pasadizos subterráneos.

A la hora de mudarnos traté de atinar mil juegos para la nueva casa; sin embargo, mis padres no la compraron para mí, la adquirieron para él. Para él, que seguía acechando todo y a todos con su mirada nociva, sigilosa, como exigiéndonos vaya uno a saber qué. La familia —quiero decir: mis padres y yo— fue muy unida y esta unión era un blasón más; el placer de uno era el de los tres. Como ya dije, la casa era un lugar abierto a la plática refinada, a los juegos de salón, a las tertulias musicales, a todo cuento pudiera definirse como trascendente, desde la filosofía a la historia, al teatro, algún proyecto propio o ajeno. La mediocridad no tenía cabida allí; nos apartábamos de ella como del color o la simpleza.

¡Cuán lejano se halla ese esplendor! Hoy nuestra compañía es la soledad; cuanto más solas nos hallamos, menos zozobra nuestro pensamiento . . . ¡pero es tan difícil! Para mí, al menos, aunque cómo dudar de que a mi madre le ocurre lo mismo. Lo más acertado hubiera sido seguir el consejo de mi padre en vez de mitigar nuestra vergüenza con aquel juego de infancia.

Su nacimiento lo cambió todo. Se nos hacía imposible mantenerlo en la casa; era él o la dignidad, él o la sensibilidad. No tenía derecho a exponernos ante la gente, ante la sociedad; eran demasiados los amigos que habían comenzado a excusarse, a faltar a las veladas, a dejarnos solos; demasiados los que no toleraban la impertinencia de su mirada.

Por él mi padre compró la casa y también por él debimos de inventar el juego de las escondidas en los túneles, en los antiguos subterráneos que antaño sirvieran a cierto acaudalado cacique de la zona como mazmorras, como celdas de castigo, como escondite.

Allí distraje mi parte niña en esa única diversión de infancia; allí nos solazábamos los tres: mi padre, mi hermano y yo. Allí lo escondíamos.

Al comienzo papá eligió uno de los calabozos; yo debía fingir que lo buscaba y, ciertamente, lo hacía con gusto. Vagaba por los interminables pasillos, siempre nuevos, siempre diferentes; en ocasiones creí perderme y esto, lejos de asustarme, me excitó. Sentía una intensa atracción por aquellos temibles laberintos aun cuando sólo recorría un pequeño camino, el más cercano a la salida. Mi infantil imaginación debía suponer que el subterráneo no tenía fin; en algún lugar mi mente prevenía un peligro: el de perderme, no poder escapar. Escapar. . . Tanto lo evité, tanto lo necesito hoy.

Papá eligió la celda, la acondicionó como para que el pobrecillo no pasara hambre, frío o sed. Allí lo dejaba. Yo me constituía, entonces, en la cazadora que rastreaba una presa desleal, riesgosa; una presa cuyo valor consistía en no ser hallada, una presa que debía permanecer en su sitio, quieta, inerte. Sólo cuando mi instinto de pesquisa me aseguraba que no lo iba a encontrar regresaba a la sala, me integraba al mundo que verdaderamente me concernía. Papá lo traía de vuelta una vez que las visitas habían partido, lo acostaba en la habitación más alejada y al día siguiente reanudábamos el entretenimiento.

El método parecía dar buenos resultados; los parientes y amigos volvieron a la casa. Al principio un tanto recelosos, buscando descretamente pero inexorablemente la fastidiosa mirada de mi hermano. Mi padre los tranquilizaba

sin hablar, manteniendo su suave cortesía, dejándolos convencerse por sí mismos de que él no iba a importunarnos.

Más cierto día —la reunión apenas había concluído— mamá lo halló casi entrando a la sala. Descubrimos allí que él había encontrado el camino hacia la casa; la humillación cerníase nuevamente sobre nosotros.

Esa noche hubo junta familiar; a mí me dejaron participar, al cabo era una mujer. Luego de deliberaciones de todo tipo, papá sugirió una medida radical; tan grande fue el bochorno de mi madre que desistimos, unánimes, de tal idea. Cuando propuse que lo mejor era seguir con nuestro divertimento pero agregando una variante, mi padre me acarició, orgulloso, la cabeza; mamá besó tiernamente mis mejillas.

¡Pobre padre mío!, ¡cuán distinto sería este presente si hubiésemos seguido tu consejo! No fue así y mi plan se impuso. El proyecto era cándido y por lo mismo —así lo creímos— eficiente: uno de nosotros —papá— recorrería los pasadizos hasta contabilizar su cantidad, sus ramales y desvíos, sus declives, el número de celdas. Claro que no fue fácil, aquello no parecía tener final; tanto fue así que papá dio por terminado el recuento en un número que hoy se me hace imposible recordar. Desde luego, confiábamos en la memoria de mi padre, quien en más de una ocasión nos había deslumbrado con su excepcional capacidad para orientarse. No era conveniente pintar o numerar los túneles; de él conocíamos su imperfección, desconocíamos su ingenio. Quizás de noche fuera capaz de guiarse, quizás fuera justamente en la total oscuridad donde su vista adquiriera mayor poder. No teníamos forma de averiguarlo ni intención de arriesgar nuestra amable forma de vivir por culpa de esos ojos que no se nos quitaban de encima.

Aquella treta resultó mucho más interesante que la anterior; ahora yo tenía la certeza de que, por más que me internara, no iba a hallarlo. Ahora sí era un verdadero juego de escondidas.

Durante más de dos años la estratagema funcionó de maravillas; mi hermano era dejado en un lugar distinto cada cuatro días —el tiempo que, habíamos calculado, le llevaba encontrar la salida. Mi padre, benigno, gentil y complaciente, se encargaba de esconderlo, de cuidar que nada le faltara. Estábamos a salvo.

Cuando murió papá mi madre decidió abandonar aquella casa rápidamente. Abandonar el país rápidamente. Abandonar los países rápidamente. Escapar.

Ese peregrinar, esta huída lleva más de treinta años. Ambas somos conscientes de lo estéril de este esfuerzo aún cuando no seamos capaces de pensar otra posibilidad; a cada pueblo, a cada ciudad, a cada aldea llevamos con nosotros su mirada. Su estúpida mirada sigilosa.

Allí lo encontré una madrugada, vulgar y bamboleante, con sus hermosos ojos verdes ya sin brillo.

En un papel de diario dejó la esquila: “No recuerdo en cuál pasadizo lo escondí. . .”

Ambas sabemos que hubiera sido de mayor provecho para la familia no haberme permitido aquella incursión al mundo de los niños; con toda seguri-

dad no tendríamos que seguir este juego —éaqué!— del escondite. Debimos haber tomado el consejo de papá.

Al final los túneles sólo sirvieron para que él —mi querido papá— se ahorcara en la esquina de uno de ellos.

